

XIV.

Instruir el entendimiento con la exposicion frecuente de la doctrina católica, mover la voluntad con la moral y el ejemplo, regenerar la conciencia con la aplicacion de la gracia: he aquí señores, bien lo sabeis, el principio que gobierna la accion del cristianismo y el tema universal de la educacion eclesiástica. ¿Qué puede apetecerse para la más perfecta formacion del hombre social, que no facilite un sistema que reune los documentos de la religion, las máximas de la moral y el ejercicio práctico de la virtud? ¿Se trata, por ejemplo, de los miramientos y considera-

ciones recíprocas y diversas que se deben los hombres?

La doctrina fija y establece todas las relaciones sociales, y pocas líneas de su pequeño libro bastan á un niño para reconocerlas, distinguiendo con maravillosa exactitud las diferencias que debe observar en su trato con sus mayores, sus iguales y sus inferiores. ¿Se trata de la moderacion en sus palabras? La doctrina religiosa le prescribe la más rigurosa sobriedad, y le pide cuenta de todo aquello que no puede colocarse entre lo útil y lo necesario. ¿Se busca la modestia del porte, la decencia, el aseo, etc., etc.? La ley que él aprende levanta sobre la humildad el edificio de las virtudes, somete á un riguroso deber la limpieza del cuerpo y del alma, y condena todas aquellas cosas que pueden hacernos insoportables ó molestos para los hombres con quienes tratamos.

Si de la doctrina pasamos á la persuasion que mueve la voluntad, ¿qué resortes pudiera envidiar la religion á la filosofía? La persuasion filosófica descansa en los puros actos externos, la persuasion religiosa se lamenta de no haber conseguido nada, mientras no produce la reforma del hombre interior. Tal es el carácter de la

persuasion cristiana. Los motivos que la determinan se refieren todos á la necesidad gloriosa de conservar inalterables las relaciones en que se halla cada uno con el autor de la naturaleza y con el resto de los hombres; los medios que la impulsan son precisamente los temores sobrenaturales, las esperanzas eternas, las inspiraciones generosas y augustas del amor divino.

No se trata, pues, de una persuasion estéril, tampoco de producir instantaneamente en favor de una idea feliz un movimiento fugitivo: se trata de radicar profundamente en el alma las inclinaciones benéficas; de colocar la piedad entre nuestros sentimientos más caros; de inscribir la virtud al frente de nuestras necesidades más imperiosas, más irresistibles y más dulces. ¡Diseño sublime á la verdad; pero inaccesible al poder mezquino y precario de esa filosofía que todo pretende sacarlo de su propio fondo.

El conocimiento perfecto del hombre interior es indispensable para la formacion perfecta del hombre exterior, y este conocimiento solo ha podido entrar en el cómputo de la educacion religiosa. ¿Podria adquirirse, decidme, esta ciencia tan importante, ni ménos en el grado suficiente y necesario para el régimen de la voluntad,

sin esa menuda y sincera manifestacion que hace cada uno por sí mismo al ministro de la Penitencia? ¿Qué recursos podía tener, señores, en sus previsiones y en sus cálculos la razon humana, para registrar esos senos profundos en que se agitan sin cesar los motivos secretos de la conducta y los principios misteriosos de nuestras acciones? ¡Ah! todo quedó sometido al hombre desde el principio del universo, ménos la voluntad; y en esa vista de la inteligencia que salva los espacios inmensos y visita los mundos inaccesibles, vanamente procura descubrir per sí sola los arcanos profundísimos del corazon humano. Este universo más inmeuso, digámoslo así, más complicado, más impenetrable que el universo físico, jamás ha querido rendirse al hombre, ni habia querido exponerse á las especulaciones filosóficas, sino desde que la religion lo hubo conquistado para las ciencias y para el poder. Cuando no considerásemos, pues, el sacramento de la confesion, sino bajo sus relaciones filosóficas, deberiamos convenir desde luego, en que él solo excedia con mucho á cuanto la razon humana ha podido discurrir para rectificar la marcha de la conducta. Pero no, la penitencia no es un medio filosófico, sino un recurso divino, en que por la comunión íntima de la gracia,

el hombre queda perfectamente sano, y el alma recibe progresivamente un incremento subleme de vigor y de poder, que la dispone siempre al triunfo de las pasiones y á la bella conquista de las virtudes. ¿Será extraño que consideremos nosotros la frecuencia de los santos sacramentos, como el centro comun de todos nuestros designios, de todas nuestras ideas, de todos nuestros trabajos en órden á la educacion de la juventud?

Hé aquí, señores, sucintamente puesto á vuestra vista con la instruccion catequística, la persuasion cristiana y la frecuencia del los santos sacramentos, el sistema completo de nuestras ideas en órden á los principios que deben presidir los medios que deben aplicarse, y los fines á donde ha de encaminarse la educacion de la juventud.

XV.

¿Pero de qué servirian, decidme, todos estos recursos si la eleccion de las personas á quienes ha de ser confiada la enseñanza y la educacion pública no correspondiese al carácter, al sistema y á la fuerza de nuestras convicciones en tan importante materia? Tened presente, que si no puede darse un paso acertado sin una línea de unidad, sin principios seguros, sin medios adecuados, tampoco podrá conseguirse nada, sin la aptitud intelectual y moral, esto es, sin los talentos, el saber, el prestigio, el zelo y las virtudes de los regentes y los maestros.

Mas al tocar este punto, entro con pena en la tercera cuestion; porque viéndome arrastrado por mis convicciones á sostener que el talento, la instruccion y la probidad son indispensables, pero no suficientes para dar el lleno á establecimientos como el nuestro, podrá parecer que el espíritu de corporacion, menos que la razon y la experiencia las han determinrdo. Sin embargo una traicion á la verdad es más temible que atraerme por un culpable silencio las detracciones gratuitas de un siglo preocupado. Digo, pues, que el estado eclesiástico tiene á su favor cuanto pudiera apetecerse para llevar á la última perfeccion la enseñanza pública y la educacion secundaria de la juventud estudiosa; y á efecto de probarlo, me cuidaré de aplicar exclusivamente mis propias reflexiones, dejando más bien que hable antes que yo uno de los más eminentes escritores de la época moderna.

“Siendo necesario, dice Mr. Bonald, una educacion perpetua, universal y uniforme, y debiendo tener los mismos caractéres el instructor á quien ella esté sometida, lo es, en consecuencia, un cuerpo, porque solo en él pueden aquellos caractéres reunirse. Este cuerpo no puede ser puramente secular: porque, ¿dónde estaria el vín-

culo capaz de asegurar su perpetuidad y su uniformidad? ¿Será el interes personal? pero los seculares tendrán ó pueden tener una familia en cuyo caso pertenecerán á su familia más que al Estado; á sus hijos más que á los hijos de los otros, á su interes personal más que al interes público; porque el amor de sí mismo, que muchos han querido convertir en el vínculo universal de los hombres, es y será siempre el mortal enemigo del amor de los otros”

“Si los instructores públicos son seculares, aunque por otra parte sean cébiles, no podrán formar cuerpo entre sí: su agregacion fortuita no será más que una sucesion continua de individuos, que entran para vivir y salen para establecerse Es, pues, necesario un cuerpo religioso, un cuerpo reunido por votos, porque es tan imposible un cuerpo sin votos, como una sociedad sin religion Es necesario un cuerpo, porque es de todo punto indispensable procurar en la educacion pública, perpetuidad, generalidad, uniformidad, aun en el traje, en el alimento, en la instruccion: una misma distribucion en las horas de estudio y reposo, unos mismos maestros, unos mismos libros, unas mismas prácticas: uniformidad en todo y por todo, en todos los tiem-

pos y en todos los lugares. Una vez hecha la organización por los hombres, probada por el tiempo, corregida por la experiencia, el ministro de instrucción pública no tendrá que hacer nuevos reglamentos, y sus funciones quedarán reducidas á impedir que otros los hagan, á prevenir todas las innovaciones, aun las más indiferentes en apariencia, que pudieran deslizarse en tan lejanos y numerosos establecimientos (1)."

Se acusa á estas corporaciones eclesiásticas de ser poco favorables á los descubrimientos y á las invenciones. Acusación injusta, y al mismo tiempo fútil. ¿No pudieran citarse mil hechos en contra, con solo registrar los anales científicos de las corporaciones eclesiásticas? ¿En qué otras escuelas han estudiado los más distinguidos genios de la Europa? ¿Han sido más numerosas ó más útiles las invenciones hechas en Francia desde que la educación dejó de estar confiada á esta clase de cuerpos? Por otra parte, recuérdese que el sistema de las invenciones no es el alfabeto de la razón; que en el orden común de la naturaleza se comienza por aprender, y

(1) Legislation primitive. Tom. III. Chap. VII.

que los más grandes ingenios no han podido estender la escala de los descubrimientos célebres, sino despues de haber hecho el pasivo aprendizaje de las ciencias. "En la educación no se trata de formar artistas, y las corporaciones religiosas se ocupan ménos en esto que en formar hombres públicos, hombres que conozcan las leyes y que pongan en práctica los deberes; y desgraciado el pueblo en que se haya hecho necesario inventar en materia de legislación y de moral."

Otro de los cargos que se hacen á las corporaciones, es el de enseñar como verdades, opiniones consagradas por una larga tradición en la escuela. Pero hay en esta inculpación un doble secreto que honra tanto á los cuerpos eclesiásticos, como desprestigia las escuelas progresistas. La enseñanza y educación son los dos elementos de progreso que el mundo tiene: y el mundo no puede progresar por entre un flujo perenne de continuas revoluciones, sino sobre un sistema práctico de incremento y de perfección. Este sistema supone indispensablemente la fiel custodia de todo lo que ha pasado por la prueba de los siglos y el estudio profundo de lo que exista y ha existido: estudio sin el cual, es en gran ma-

nera fácil allanar á la mediocridad del talento y á la superficialidad del saber, ese camino de exterminio que tienen tan practicado, y en que más de una vez han hecho desaparecer hasta las últimas esperanzas de los pueblos. "Nosotros hemos visto en Francia, dice el mismo autor, cuerpos que han inventado, y lloraremos por mucho tiempo sus invenciones. . . . La verdad es siempre antigua, y en el mundo no comienza sino en el error."

"En el día una opinion es verdadera, porque es nueva; ántes era verdadera porque era antigua, y á verlo bien, la presuncion de verdad, como la presuncion de justicia, está siempre á favor de la antigua posesion. Este respeto aun supersticioso de los cuerpos hácia las antiguas opiniones, el cual hace tan difícil la introduccion de opiniones nuevas, es aquella rigurosa cuarentena que sufrían las mercancías que llegaban de un país sospechoso; y tal es la fuerza necesaria de la verdad, que toda opinion que á la larga no triunfa de la resistencia de los hombres, ó que sucumbe sin embargo de su proteccion, es un error. Fácil es inferrir de aquí que la legislacion severa del cristianismo se habrá de [sobre-

poner, á pesar de los hombres, sobre la legislacion débil de la filosofía moderna (1)."

Tambien se inculca á los colegios elesiásticos de ejercer sobre la razon de los alumnos cierto depotismo de autoridad, sin permitir que obtengan los felices resutados de una duda metódica. He aquí una de esas exageraciones peligrosas que han hecho tantos estragos en el buen sentido. ¿Qué seria de la educacion pública, si al aprendizaje importantísimo de todas estas verdades que han sufrido ya la prueba de la crítica y del tiempo, hubiera de sustituirse la independencia de la razon, que ha venido á ser la primera causa de esa filosofía escéptica para la cual no existen ni verdades concluyentes, ni máximas reconocidas, ni instituciones respetables? "Reflexiónese, dice el autor citado, que los padres no mandan á sus hijos al colegio para que duden, sino para que sepan. . . . que ningun cuerpo eclesiástico exige la conviccion de las verdades matemáticas sin exponer sus principios, ni la creencia en materia moral sin exhibir sus motivos. Y á la verdad, si las ciencias admiten á ve-

(1) En la misma obra.

ces la duda de la incertidumbre, la moral, regla necesaria de nuestros deberes, no permite sino la duda de la discusion: y la sociedad está entre el ser y la nada, mientras que la moral permanece entre el sí y el no."

"Se ha gozado en la revolucion de una más grande extensión de libertad, y lejos de comprimir los vuelos de la imaginacion y las inquietudes del genio, se soltó la rienda á todos los extravíos, á todas las extravagancias del espíritu humano. ¿Y qué ha resultado de aquí, que merezca la calificación de grande, útil y aun ingenioso? La perfeccion de algunos métodos, algunas nomenclaturas hechas con más arte y orden, ó alguna mecánica que no tiene uso ni aun en la casa de su inventor; pero, ¡cuántos errores en moral! ¡cuántos absurdos en legislacion! ¡cuántas faltas en política! ¡cuántas necedades en literatural! ¡qué de imposturas en la historia! ¡qué de obcecidad en las artes de imitacion! ¡Y cuán humillados debemos estar, al ver que todo ese vuelo permitido á la imaginacion y al genio, tanta extensión otorgada á la libertad de pensarlo todo y de decirlo todo, no haya producido, ni aun en el arte dramático, en este arte que se pretendió convertir en el *palladium* de la moral, el suple-

mento de las leyes y el primer medio de instruccion pública, ni una obra, ni una sola obra siquiera, que pueda sobrevivir á las circunstancias que la hayan hecho nacer, y á los pregoneiros que la han encarecido!"

Concluyamos: "la religion cristiana regla los gobiernos, los gobiernos reglan los cuerpos, los cuerpos reglan las familias, la familia regla el individuo. Todo tiende á formar cuerpo en el mundo social, es la fuerza de adherencia del mundo físico, y puede decirse que no hay espíritu público ó social, sino en los cuerpos públicos: espíritu de religion, espíritu de patria, espíritu de cuerpo, espíritu de familia, público, en fin, alma de la sociedad, principio de su vida, de su fuerza y de sus progresos (1)."

Si á las reflexiones especulativas quesiésemos unir los argumentos de hecho, ¿qué no podría decirse? La historia del trastorno absoluto de los principios sociales, es tan moderna, que todavia no cuenta ni un siglo de antigüedad: vivas y recientes están aún las huellas que ha dejado es-

(1) Obra y lugar citados.

tampadas en el mundo moral y político esa insurrección general de la filosofía incrédula contra los antiguos y venerables planteles de la sabiduría y de las virtudes cristianas. Pero oigamos todavía al célebre autor que hemos venido citando. "Desde la fundación de la monarquía hasta el siglo décimo quinto, la instrucción había sido en Francia casi exclusivamente religiosa, como la educación. Desde el siglo décimo quinto hasta principios del último siglo, la instrucción, sin dejar de ser religiosa, vino á ser al mismo tiempo literaria y científica."

"Al principio del último siglo la parte literaria y científica de la instrucción se levantó insensiblemente sobre la parte religiosa, y no discurrió largo tiempo sin que los libros, que se multiplicaban sin cesar, obrasen una transformación tan general, que la instrucción de profana pasase á licenciosa; de licenciosa á irreligiosa y contraria abiertamente á la educación."

"Esta instrucción irreligiosa ganó terreno hasta el punto de haberse apoderado exclusivamente de las riendas de la enseñanza, levantándose sobre las ruinas de aquellos grandes establecimientos de instrucción pública que habían hecho

el esplendor de la Europa por espacio de tres siglos."

"Desde esa última época, las memorias de la educación antigua, censervadas en el recinto de algunas provincias ó en el seno de algunas familias, lucharon con desventaja contra el incremento siempre progresivo de la nueva instrucción, y la sociedad fué arrastrada al través de esta discordancia de principios hasta la revolución, donde ya pudo verse todo lo que había perdido la generación presente en la educación moral, es decir, los hábitos de orden y los sentimientos de humanidad (1)."

Así se explicaba un hombre que por una parte se hallaba exento de toda parcialidad, y por otra instruido, no solamente por sus talentos, sino también por sus desengaños. No hablaba este hombre de los colegios eclesiásticos, sino de todos los colegios de su nación. Elogiaba los grandes resultados que debía la Francia en general á la educación eclesiástica, deploraba con

(1) BONALD. *Melanges litteraires, etc.* De la education et de la instruction.

sentimiento profundo los estragos que habia hecho en la solidez y pureza de la doctrina, y más todavía en la santidad de las máximas y en el carácter de las costumbres, la secularización que sufrieron los colegios en consecuencia de la revolución francesa: rebate con fuerza las objeciones más notables y especiosas que suelen ponerse contra la educación eclesiástica; y poniendo á la vista del gobierno los más urgentes raciocinios, los documentos de la experiencia, y la extrema fecundidad con que estas corporaciones habian sido atacadas al propósito de que hablamos, pretendo inclinarle, no por cierto á que respete el incuestionable derecho que tiene la Iglesia para regir eclesiásticamente sus seminarios, sino á que vuelva á poner á cargo de las corporaciones eclesiásticas el gobierno y dirección de los colegios nacionales.

Pero yo no trato, señores, de estos colegios, no revuelvo las páginas de la historia para exponer á vuestra vista los antiguos comprobantes de una misión que no se le disputó á la Iglesia por espacio de muchos siglos: todo mi empeño se reduce á manifestar, que un seminario tridentino, un plantel de eclesiásticos, donde los estudios y las máximas, el pensamiento y la ac-

ción toman su origen y van á terminar en el principio teológico, presentarian sin duda la mayor inconsecuencia en sus principios y en su conducta, si pusiésem al estado secular al frente de la educación eclesiástica. No se trata, pues, de exigir en favor del clero cosa alguna que no le pertenezca de la más rigurosa justicia; no pretendo que las corporaciones eclesiásticas reconquisten la omnímota confianza que merecieron por tantos siglos á todos los gobiernos en épocas muy ilustres, en felices, en opulentos y florecientes reinados. El Estado formará sus conjeturas, arreglará sus cálculos políticos, y compondrá sus destinos conforme á las inspiraciones de las últimas épocas. Lo que pretendo es, que se de á Dios lo que es de Dios; que se respete en la Iglesia el derecho de regir sus seminarios conforme al espíritu de su institución; que no se nos tache de *retrogrados*, cuando nos empeñamos en que vayan juntas la educación y la enseñanza, ni de inconsecuentes con el siglo, cuando buscamos profesores que individualmente puedan presidir á entrambas cosas, ni de *ilusos*, cuando creemos que no hay educación sin moral, ni moral sin evangelio; ni de *fanáticos* cuando sostenemos que el depósito de la fé, de la moral y de la gracia, está exclusivamente á

cargo de los ministros de la Iglesia; que no se nos levante un proceso cuando elegimos á los eclesiásticos para la direccion de unos establecimientos en cuya economía general reina el principio teológico y en que se trata nada menos que de convertir á la conciencia todas nuestras instrucciones, todo nuestro sistema, todas nuestras miras y todas nuestras esperanzas.

XVI.

Tal es, señores, el cuadro especulativo y práctico que ofrece á vuestra consideracion, y si queis, tambien á vuestro exámen y á vuestra crítica, el sistema de enseñanza y de educacion que se sigue en las escuelas católicas del mundo. Este sistema es antiguo, porque la verdad no es moderna; era ayer, es hoy, y será por los siglos de los siglos. Os he dicho ya, y es repetiré ahora que las instituciones generales y particulares de la Iglesia no están sometidas á la decantada ley del *progreso*: ley que limitada por su propia naturaleza dentro del círculo de lo que gira por la region de lo imperfecto, vendria á ser una tacha